

ISSN: 2250-866X



TEORÍA Y PRÁCTICA  
DE LA  
ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA LATINOAMERICANA

Año I, Volumen I. Invierno de 2012



CENTRO DE ESTUDIOS DE ARQUEOLOGIA HISTÓRICA  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

REVISTA  
TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA  
ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA LATINOAMERICANA

ISSN: 2250-866X

AÑO 1, VOLUMEN 1, INVIERNO DEL 2012



CENTRO DE ESTUDIOS DE ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES | UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

PARTICIPA EN LA RED DE ESTUDIOS INTEGRADOS SOBRE LOS PAISAJES SUDAMERICANOS  
(Universidad Nacional de Rosario, Universidad Nacional de Río Cuarto,  
Universidad Nacional de San Juan, Universidad de la República, Universidad Nacional de Trujillo)

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Rector: Prof. Darío Maiorana  
Vicerrector: Lic. Eduardo Seminara  
Secretario general: Dr. Héctor Darío Masía  
Secretario académico: Prof. Enrique Barés

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES

Decano: Prof. José Goity  
Vicedecano: Arquitecto Salvador Daniel Randisi  
Secretaria Académica: Dra. Liliana Pérez

AUTORIDADES DEL CENTRO DE ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA

Directora: Dra. Ana María Rocchietti  
Secretaria: Prof. Nélide de Grandis  
Prosecretaria: Lic. Marianela Biscaldi

Revista del Centro de Estudios de Arqueología Histórica  
Teoría y práctica de la arqueología histórica latinoamericana  
Actas del Primer Simposio de Arqueología Histórica Latinoamericana  
Presidente del Simposio: Prof. María Teresa Carrara



**Directoras Editoras**

Ana María Rocchietti y Nélida De Grandis

**Secretaria**

Irene Dosztal

**Comité Editor**

Silvia Cornero, Mónica Leyría,  
Elena Lucero, Adrián Pifferetti

**Colaboradores**

Ayelén Pérez Gallo, Yanina Aguilar,  
Graciana Pérez Zavala, Flavio Ribero,  
María Belén Risso, Lucía Roel, Celeste  
González Toralbo, Giorgina Fabron, Marina  
De Biassi, Ángeles Segovia, Roque  
Moreira, María Victoria Roca

**Comité Científico**

Dr. Raúl Bolmaro (Universidad Nacional de  
Rosario)

Dr. Luis María Calvo (Museo Etnográfico  
de Santa Fe y Parque Arqueológico de  
Santa Fe La Vieja)

Lic. Carlos Ceruti (CONICET)

Dra. Dora Grinberg

Dra. Eugenia Néspolo (Universidad  
Nacional de Luján)

Ing. Tulio Palacios

Lic. Ruth Poujade (Programa Misiones  
Jesuíticas – Provincia de Misiones)

Dr. Mariano Ramos (Universidad Nacional  
de Luján)

Dra. Ana María Rocchietti (Universidad  
Nacional de Rosario)

Dr. Daniel Schávelzon (Centro de  
Arqueología Urbana – Universidad de  
Buenos Aires)

Dra. Marcela Tamagnini (Universidad  
Nacional de Río Cuarto)

Dra. Alicia Tapia (Universidad de Buenos  
Aires)

Dr. Arno Álvarez Kern (Centro Nacional de  
Pesquisas – Brasil)

Dra. Noemí Walsöe de Reca (CONICET)

Lic. Mónica Valentini (Universidad  
Nacional de Rosario)

**Evaluaron este Volumen**

Dr. Daniel Olivera

Prof. Alejandro García

Dra. Alicia Lodeserto

Lic. Flavio Ribero

Lic. Mónica Valentini

Dr. Arno Álvarez Kern

Dra. María Cecilia Stroppa

Dr. Leonel Cabrera Pérez

Dr. Mariano Ramos

Dr. Miguel Mugueta

Lic. Juan Castañeda Murga

Dra. Carmen Curbelo

Lic. Livia Kozameh

Dr. Daniel Schávelzon

**Diseño de tapa**

Dra. María Elena Lucero

**Diseño interior y diagramación**

Odlanyer Hernández de Lara

**Curaduría**

Marianela Biscaldi

**Foto de tapa:** Capilla Vieja de San Javier,  
Santa Fe, del texto en este número de S.  
Cornero, L. Rangone y C. Ceruti.

**Propietario responsable:**

Facultad de Humanidades y Artes,  
Universidad Nacional de Rosario

Centro de Estudios de Arqueología  
Histórica

Entre Ríos 758. Rosario, provincia de Santa  
Fe (2000). Argentina.

Telf.: +54 (0341) 4802670

E-mail: simposioarq@yahoo.com.ar

Decreto Ley 6422/57 de Publicaciones  
Periódicas

# Índice

<i>Editorial</i> Ana María Rocchietti.....	9
<i>La arqueología histórica y los estudios regionales.</i> Nidia R. Areces.....	11
<i>Metales y tecnologías. Lo que nos dicen los metales.</i> Adrián Ángel Pifferetti.....	25
<i>Los sitios misioneros coloniales del Río de la Plata: reflexiones sobre las transformaciones culturales.</i> Arno Alvarez Kern.....	35
<i>Cultura material, narrativas escritas y documentos judiciales: algunas ideas para su abordaje.</i> María Soledad García.....	49
<i>La fragmentariedad como indicio arqueológico y artístico.</i> María Elena Lucero.....	59
<i>Registro arqueológico afro-rioplatense en Pájaro Blanco, Alejandra, Santa Fe: análisis e interpretación.</i> Silvia Cornero y Carlos Ceruti.....	67
<i>San José de Flores entre el pacto y el bondi. Una arqueología de pueblo y ciudad.</i> Ulises A. Camino, Aniela R. Traba, Federico I. Coloca.....	79
<i>Arqueología colonial: registros y metodologías.</i> Ana Rocchietti y Nélica De Grandis.....	89
<i>Emplazamiento misionero de evangelización en el Chaco Santafesino: excavaciones en la Capilla Vieja de San Javier, Santa Fe.</i> Silvia Cornero, Lucía Rangone y Carlos Ceruti.....	99
<i>Barcos mercantes y tráfico comercial en la costa del Río de la Plata. Las botijas de media arroba.</i> Nélica De Grandis.....	109
<i>Investigaciones arqueológicas en el sitio Nakamblaisat, departamento San Justo, provincia de Santa Fe.</i> Paula del Rio, Silvia Cornero y Bárbara Magnabosco.....	119

<i>Informe inicial sobre el sitio Paraje y Fortín India Muerta.</i> María Belén Risso y Marianela Biscaldi.....	129
<i>Un abordaje arqueológico de la Batalla de Cepeda, 1859.</i> Juan B. Leoni y Lucas H. Martínez.....	139
<i>Arqueología de la línea militar y los pobladores fronterizos en la frontera de las pampas. Argentina (siglos XVIII – XIX). Bases para una arqueología de las fronteras.</i> Ana María Rocchietti, Flavio Ribero y Ernesto Olmedo.....	151
<i>Los enterratorios I y II del sitio “Ánimas del Pantanillo” (pedanía de Achiras, departamento de Río Cuarto, provincia de Córdoba).</i> Fátima Solomita Banfi.....	169
<i>Exploraciones geofísicas en arqueología histórica: iglesia San Francisco Xavier, siglo XIX, San Javier, Santa Fe.</i> Guillermo Sagripanti, David Aguilera, Aldo Giacardi y Silvia Cornero.....	179

**Resumen**

Se reflexiona sobre la Arqueología Histórica y sus aportes para los estudios regionales pensando en los modos afirmativos de su existencia y en los modelos teóricos que la sustentan. Se destaca que la Arqueología Histórica Latinoamericana, como campo de estudio consolidado, formula visiones alternativas a las generadas en los centros de poder, justificando que los modelos producidos por estos centros han mostrado notorias limitaciones cuando se estudian los procesos locales y regionales, incluidos los de frontera. Se insiste en la necesidad del quehacer interdisciplinario en el campo de la ciencia social. En este sentido, la Arqueología Histórica no se limita a acoplar Arqueología con Historia -lo que explica su origen- sino que trasciende esta vinculación requiriendo de otras disciplinas para llegar a la acabada comprensión de su objeto de estudio. Se concluye que las dimensiones analíticas de la disciplina en consideración son aplicables al estudio de fenómenos históricos, en particular, los regionales.

**Palabras clave:** Arqueología Histórica; Interdisciplinariedad; procesos históricos regionales.

**Abstract**

Historical Archaeology and its contributions to regional studies are reflected upon in terms of the positive ways of its existence and the theoretical models that support it. It is claimed that Latin American Historical Archaeology, as a consolidated field of study, offers alternative viewpoints to those put forward by powerful institutions by determining that the models of these institutions show evident limitations when local, regional and even border processes are studied. The necessity of an interdisciplinary approach in the field of social sciences is emphasized. In this sense, Historical Archaeology is not just the combination of Archaeology and History, which explains its origin, but it goes beyond this by requiring the contribution of other disciplines to gain a complete understanding of its object of study. As a conclusion, the analytical dimensions of this discipline may be applied to the study of historical phenomena, especially regional ones.

**Key words:** Historical Archaeology; interdisciplinarity; regional historical processes.

**La Arqueología Histórica como campo del saber**

Mi presentación tiene como objetivo reflexionar acerca de la Arqueología Histórica y de sus aportes para los estudios regionales pensando en los modos afirmativos de existencia que la acompañan y en los modelos teóricos que la sustentan. Se consideran aspectos tales como los que señalan su origen que la vinculan con la Arqueología y la Historia, el fraccionamiento de los campos disciplinarios y las representaciones escriturarias coloniales insertas en los mismos.

En cuanto a su surgimiento, el campo de esta disciplina en un principio abarcaba el estudio de sociedades 'históricas' desde el enfoque de la Arqueología. Con el crecimiento del interés por los trabajos en esta área se fue reconociendo la

---

<sup>1</sup> CEDCU UNR. ISHIR CONICET

existencia de una mayor complejidad en el tratamiento de los problemas de investigación reconociendo gran variedad de propuestas e interesantes debates que condujeron al abordaje interdisciplinario, tanto en el análisis y la elaboración de conocimientos científicos como en la aplicación de dicha producción. Al mismo tiempo, se fue considerando que el 'pasado histórico' de las sociedades puede ser abordado desde diferentes perspectivas. Dos de las perspectivas que pueden asumirse, las de la Arqueología y de la Historia, remiten a ese 'pasado histórico' propiamente dicho que nunca obvia el presente ni el futuro; así, la primera adopta básicamente como registro a los contextos arqueológicos y la segunda, también básicamente a los textos escritos considerados como otras voces de la época en cuestión. Ambos registros contribuyen a develar la organización, el funcionamiento, la dinámica y las contradicciones de la sociedad en su conjunto y de cada una de sus partes en sus situaciones de clase.

Refiriéndonos a la Arqueología Histórica se entiende que a la par que desarrolla su quehacer disciplinario con los trabajos empíricos sobre el pasado/presente histórico, va definiendo teórica y/o especulativamente su carácter, núcleo y sustancia. En este sentido se sostiene que como "campo del saber" la Arqueología Histórica debe plantearse la superación de alienaciones, tanto entre los distintos sujetos culturales involucrados por la práctica arqueológica como también entre el mundo académico y los actores sociales vinculados al patrimonio cultural. Esta superación se ha realizado en conjunto con una serie de críticas que se focalizan en particular en la relación entre academia, positivismo y capitalismo. Academia como el ámbito institucional formalizado y muchas veces esclerotizado que condiciona la generación de ideas que se aparten de los cánones establecidos y cuyo acceso está prácticamente vedado a voces renovadoras; el positivismo como una corriente de pensamiento que en su aspecto negativo ha impregnado los saberes con formas y prácticas que niegan todo ideal quedando reducida la ciencia a una nomenclatura de hechos, a una colección de experiencias; y el capitalismo o mejor dicho el neocapitalismo del mundo globalizado con el imperio de la tecnoestructura y de la tecnoburocracia, como sistema en el cual están lamentablemente sumergidas todas las experiencias científicas.

Entre otros tópicos prioritarios, el campo específico de la Arqueología Histórica se aboca al tratamiento de cuestiones epistemológicas (problemas de definición del objeto); de sus prácticas y técnicas y de las dimensiones y alcances de su campo de estudio; a los que se agregan distintos ítems de la cultura material (raza, etnicidad, tribu, clase y género) y de las representaciones de las identidades (colonial, nacional, imperial). La moderna producción científica toma como respaldo teórico un amplio espectro de posturas teóricas, entre las que se pueden mencionar: Teoría de las prácticas de Pierre Bourdieu, Microfísica y Panóptico de Michel Foucault y Heterologías de Michel De Certeau.

Los debates acerca de la autonomía de la Arqueología Histórica como disciplina científica se realizan en el ámbito de la Arqueología desde la década de 1960 y fundamentalmente han girado en torno a pensar si es una herramienta de la Historia propiamente dicha, si es una técnica, o si es un subcampo de la propia



Arqueología. Ciertamente que su recorrido en el campo científico la han mostrado como una disciplina en posesión de su propio cuerpo conceptual, de su propio objeto de estudio, de resultados analíticos de acuerdo a éste y en el marco de su comprensión contextual, todo lo cual la diferencia de otras disciplinas dando cuenta de su especificidad.

En los años '60 también se asistió al inicio del debate en torno a la denominación de esta disciplina: unos la llamaban Arqueología Colonial (de hecho, se llamó así por bastante tiempo), otros Arqueología de niveles coloniales, Arqueología de la etapa colonial o centrada en sitios históricos, etc., etc., discusión que aún está vigente. Los conceptos que básicamente la habían originado tuvieron su inicio en América con una directiva; estudiar la época colonial para cubrir distintos sentidos. Uno de ellos tuvo que ver con que la historia escrita llegó con los europeos que arribaron a tierras americanas y plasmaban todas sus experiencias de vida en la palabra escrita. Este planteo supone la división entre historia y prehistoria y ubica, teniendo como axial a la escritura, a la cultura prehispánica como prehistórica abriendo un debate donde en principio debe entrar una significativa cuestión: la aceptación de la prehistoria como etapa histórica. En la actualidad, la separación entre Historia y Prehistórica es replanteada por la comunidad científica. Se parte de reconocer que no todos los pueblos del mundo conocieron la escritura en el mismo momento y, por lo tanto, no entraron en los tiempos históricos todos juntos. Pero más aún se cuestiona la organización tradicional de la Historia en estos dos grandes períodos cuya división se basa en la aparición de la escritura. Es acertado en este sentido acordar con el historiador Marc Bloch de que la Historia es la ciencia de los hombres en el tiempo, aceptando definirla como la relación de los acontecimientos públicos y políticos de los pueblos. La Historia se constituye por consiguiente como una ciencia social que estudia las experiencias y la dinámica social en el tiempo, siendo sus esenciales dimensiones de estudio: la espacial y la temporal en indudable relación con la entidad coherente y estructurada de la realidad socio-histórica (Bloch, 1957).

Respecto al término colonial, éste no sólo hace referencia a la relación metrópoli-colonia sino que esta vinculación se comprende en la medida que se incluye la dinámica propia de espacios regionales y locales, sobre todo en lo que atañe a las relaciones de poder endógenas y exógenas. La dinámica histórica de esos espacios coadyuva a romper las simples dicotomías de centro-periferia y dominio-resistencia develando la complejidad y los claroscuros de la experiencia colonial con las redes de alianzas, consensos y rebeliones que muestran a los sujetos históricos en su vivencial expresión (entre otros: Ares Queija; Gruzinski. coords., 1997; Baudot, 1998; Schwartz, 1995; Stern, 1990; Sweet; Nash, 1987). Precisamente, es el ámbito de las contradicciones de los sujetos sociales, signado por los conflictos y las resistencias que se producen frente a las desigualdades y a la dominación, el que debe ser observado y analizado por la Arqueología Histórica. Esta aseveración se reafirma al entender que el objeto de estudio de esta disciplina contempla básicamente las manifestaciones existenciales de las distintas sociedades.

En esta reconstrucción de las experiencias de los sujetos sociales, colectivos e individuales, la Arqueología Histórica rescata esencialmente la vida cotidiana

de las personas comunes que, por distintas causas, no están visibles o están poco visibles en la documentación escrita. Aparecen así elementos, datos, signos de la vida de los sectores subalternos cuyo paso por la historia casi no han quedado registrados dado que las condiciones de acceso a la producción escrita del conocimiento están ligadas a una situación de poder y, por lo tanto, de desequilibrio (entre otros: Bhabba, 2002; Gellner, 1977; Gramsci, 1986; Guha, 2002; Hobsbawm, 1983; Mallon, 1996; Rivera; Barragán, 1997; Sharpe, 1993; Thompson, 1991). Sus voces generalmente se conocen a través de intermediarios, transmisores escriturarios de sus verbalizaciones y reclamos. En este sentido es que los archivos judiciales constituyen ricos repositorios que permite detectarlas en la medida que en ellos constan los testimonios cabales de testigos sometidos a interpelaciones e interrogatorios. No deja de plantearse una cuestión de orden metodológico que obliga al investigador a preguntarse si verdaderamente el subalterno puede hablar a través en este caso del documento de índole judicial y si lo hace, cuáles son sus formas, sus dificultades y a qué recursos y estrategias recurre (Farge, 1991; Stone. 1986).

Ciertamente la Arqueología Histórica, teniendo en cuenta estos básicos recaudos en el uso de éste y de otros tipos de fuentes, puede contribuir a la comprensión de los sectores subalternos y de las situaciones cotidianas que ellos experimenta delimitadas por las dimensiones básicas de tiempo y lugar a las que se agrega una tercera: la subjetiva -el sujeto-, introductora de un principio de variabilidad verdaderamente notable.

En cuanto a la Arqueología Histórica Latinoamérica como campo del saber consolidado es un fenómeno que se ha dado sobre todo en las últimas décadas. En él se destaca la producción de teoría y la formulación de visiones alternativas a las generadas en los centros de poder. Estas visiones se han producido también en aquellos países cuyas identidades nacionales estaban fuertemente ligadas a Europa a pesar de la influencia que sobre ellas ejercieron los dispositivos de conocimiento e instrucción eurocéntricos.

Es de destacar que la aplicación de modelos producidos en los centros hegemónicos para interpretar las realidades sociales latinoamericanas ha mostrado limitaciones muy notorias cuando se trata como objeto de estudio a los espacios locales y regionales, comprendidos los espacios de frontera. La especificidad y diversidad de los contextos locales y regionales no queda totalmente comprendida si se utilizan con exclusividad modelos interpretativos globalizadores eurocéntricos, en la medida que estos contextos están signados por la presencia irreductible de su naturaleza iberoamericana. Ésta requiere de parámetros analíticos que permitan explicar los elementos que la componen y estructuran. Todos esos elementos van configurando las identidades de esos contextos signados por sus señas, símbolos e idiosincrasias comunes que los hacen iguales y, a su vez, diferentes a los demás.

### **Antropología Histórica e interdisciplinariedad**

El desarrollo que haré a continuación sobre la Antropología Histórica y la interdisciplinariedad tiene como base mi formación histórica. Es pensando precisa-

mente en esa formación que me ubico en el ámbito de la interdisciplinariedad que atañe al vasto conjunto de las Ciencias Sociales.

Una aclaración: El ‘inter’ indica un grado de organización y amplitud mayor que lo mono y multidisciplinario. Es decir, expresa los distintos aspectos discutidos en común por especialistas de igual nivel en las distintas disciplinas, para descubrir las interconexiones o influencias mutuas de esos aspectos, y para que cada especialista aproveche no sólo sus conocimientos, sino la manera de pensar y encarar los problemas habituales en los demás (Varsavsky, 1972).

En la etapa inicial de mi formación como estudiante, el Proyecto conjunto emprendido por los Institutos de Historia y Antropología de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional del Litoral sobre el Valle de Santa María en Catamarca marcó un hito en mi carrera profesional. Durante mi participación en ese Proyecto, aprecié la necesidad de visualizar y debatir los fenómenos históricos a través de las posibilidades que brindan las intersecciones y las contribuciones entre las distintas disciplinas del campo social, disciplinas que tienen el carácter de transfronterizas y que dependen en gran medida de un diálogo y cooperación entre sí y con el conjunto. Los resultados de la investigación interdisciplinaria -que requiere *sine qua non* del trabajo en equipo- son muy fructíferos en la medida que permiten abarcar, con una amplia perspectiva histórica, complejos procesos socioculturales e interculturales.

Los postulados de la Investigación sobre Santa María fueron los que guiaron las investigaciones -emprendidas con apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas -CONICET- y de la Universidad Nacional de Rosario- sobre Santa Fe La Vieja por un equipo integrado por arqueólogas, antropólogas e historiadoras. Estoy refiriéndome a la investigación que se inició en 1989. La composición de ese equipo fue un desprendimiento de otro equipo interdisciplinario, en este caso junto a arqueólogas, antropólogas, historiadoras, trabajaban etnolingüistas y analistas del discurso que dos años antes se habían abocado al estudio de “La Cultura guaraní en el espacio rioplatense” en vinculación con otra unidad de investigación integrada por historiadoras y antropólogas de la Universidad Nacional de Misiones. Interesa señalar que esta investigación estaba conectada con otros equipos integrados por científicos sociales de Uruguay, Brasil, Paraguay, Bolivia y Venezuela que también estaban abocados al estudio de la cultura guaraní.

Continuando sobre los tópicos de la interdisciplinariedad, detrás de distintos debates teóricos y metodológicos se encuentra, por un lado, los criterios con los que se han construido los campos disciplinarios. Señalemos que la cooperación interdisciplinaria ha sido propuesta por diferentes estudiosos como una crítica fundamental a las divisiones del conocimiento. Esas segmentaciones han llevado a cada vez más fragmentaciones que han sido provocadas en gran medida por la hiperespecialización que conlleva a que el saber se vea cada vez más dividido en compartimentos estancos. La caída de las fronteras disciplinarias y la producción de una ciencia unificada de la sociedad significan que disciplinas aparentemente no relacionadas, tienen mucho que ganar con el diálogo aportando herramientas útiles para superar la hiperespecialización y consecuentemente evitar la oposición dañosa

entre disciplinas. Esta oposición fue retroalimentada por el cientificismo positivista de la segunda mitad del siglo XIX en auge durante la expansión colonialista de los centros metropolitanos, intencionalmente interesado en que no se desarrollaran interpretaciones globalizadoras de la realidad.

La cuestión es entonces ¿qué impide una verdadera interdisciplinabilidad? Fundamentalmente el impedimento se centra en que al observar sólo un fragmento de esa realidad se traban, se dificultan las visiones globales acerca del fenómeno humano, especialmente de aquellas que tienen un real ajuste con la realidad y que representan un aporte sustantivo a los requerimientos de la sociedad actual. Entrar en el camino de la interdisciplinabilidad comporta una actitud y aptitud de diálogo, es decir, supone apertura, reconocimiento, respeto y consenso que lleva a ensanchar el horizonte de comprensión de la realidad a través del encuentro de diversas lógicas disciplinarias. Las distintas disciplinas de las ciencias sociales trabajan para el entendimiento de fenómenos que exigen el cruce de los límites de las disciplinas clásicas y -lo que ha sido más evidente en los últimos años- para contribuir a la ampliación de sus propias disciplinas. Éstas no solamente se confrontan con materiales empíricos diversos sino que, en parte, también con otras tradiciones de pensamiento y con el propio desarrollo de las disciplinas. Este quehacer interdisciplinario puede apreciarse en la formación, en la investigación propiamente dicha y en las prácticas científicas. Para el caso de los trabajos en Arqueología Histórica, los tres planos deben articularse en esa búsqueda de construir la especialidad.

## **Arqueología e Historia**

Cuando se acomete una línea de investigación en la Arqueología Histórica ésta debe contener -al igual que cualquier otra disciplina científica- una alta precisión en la determinación y finalidad del trabajo, no confundiendo el área de labor con el objetivo de la ciencia en sí, o lo que es lo mismo no 'excavar por excavar' y en Historia 'no acopiar fuentes escritas por acopiar' sin un objetivo definido de antemano y un propósito preestablecido para poder lograr un resultado acorde con la razón de la tarea emprendida. El recurso arqueológico y/o histórico que se emplee debe estar acorde con la operación que se emprenda, de modo que éste se pueda ampliar, complementar y rectificar con otros recursos y, así, identificar y determinar los pasos a seguir.

En cuanto a los planos señalados, en el propiamente investigativo es interesante observar el trabajo de la constatación de datos: los registrados documentalmente con los encontrados en un sitio, para establecer las correlaciones entre ellos. De aquí se deriva una cuestión respecto a la discusión sobre el lugar de los testimonios escritos en la investigación arqueológica. La discusión que provocó casi estrictamente se limitó al ámbito técnico o metodológico obviando una importante cuestión: textos y objetos de ningún modo constituyen reflejos directos de la sociedad de la cual emanan, ambos recursos han sufrido procesos de manipulación que se dan en el contexto de relaciones sociales asimétricas, cuestión ésta ha tener en cuenta en la valoración de los instrumentos básicos de la investigación.

La naturaleza de la evidencia fue, en los últimos años, frecuentemente discutida. La palabra ‘evidencia’ fue considerada una figura de lenguaje. La expresión “la evidencia habla por sí misma” es bastante común, pero cuando se usa como parte de un argumento es una falacia de reificación. La evidencia no habla en lo absoluto, es un concepto: el nombre que le damos a un cuerpo de hechos que creemos ser consistente con un punto de vista particular. La gente deriva conclusiones sobre la evidencia y verbaliza sus pensamientos. Pero la evidencia en sí no tiene pensamientos que verbalizar

La relación entre textos y objetos como fuentes para construir una narrativa histórica es un problema que carece de sentido, si consideramos que una de las tantas contribuciones que la arqueología puede brindar al campo de las ciencias sociales es -como ya hemos dicho- el de aportar teóricamente a la cultura material, a través de una distinta perspectiva investigativa sobre la sociedad.

En este sentido entendemos que la Arqueología Histórica si bien utiliza las herramientas conceptuales y técnicas tanto de la investigación histórica como arqueológica trasciende a éstas para plantear sus problemas y estrategias indagatorias en sus propios términos. Es decir, la Arqueología Histórica no sólo acopla arqueología con historia sino que es mucho más. Su específico quehacer científico alimenta la disciplina y le da singularidad, trascendiendo su origen.

Es posible entonces plantear la complementariedad entre el registro arqueológico y el registro documental, en la medida en que uno u otro puedan aportar informaciones exclusivas. Pero se debe también considerar de qué forma se solapan las posibilidades de interpretación de uno y otro. Es desde esta base que debe partir la consideración de una equiparación epistemológica que permita un uso conjunto de los registros. No sólo a partir de las preguntas sino a partir de planteamientos heurísticos que sitúen los dos tipos de informaciones -exclusivas y comunes- en un mismo plano interpretativo. El objetivo es superar el análisis de los depósitos históricos o de tareas de rescate para visualizar a los sujetos históricos y comprender patrones de comportamiento y redes de acción en términos demográficos, étnicos, socio-económicos, políticos y culturales. En su quehacer específico, la Arqueología Histórica puede hacer uso de una amplia gama de fuentes de información dependiendo en gran medida del caso o sitio en estudio, cuestión que da cuenta del sentido intrínseco interdisciplinario que la motiva.

Insistamos en que el diálogo entre Arqueología e Historia es una necesidad (Moreland, 1992: 126), como lo han expresado distintos autores. La relación entre Arqueología e Historia, con sus puntos de unión y de tensión, encuentra, en gran medida, una explicación si se recurre al concepto de proceso, concepto que permite establecer una relación más íntima y axial entre los científicos sociales. Se considera que un proceso está conformado por las fases sucesivas de un fenómeno que ocurren persiguiendo un objetivo en el transcurso del tiempo. Es un camino hacia el fin. El término es aplicado en múltiples campos. Así se habla de proceso histórico, como el devenir de los actos humanos, de los que se afirma que son repetibles y causales.

Desde el materialismo histórico se entiende que “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia” (Marx, 1859).

Por otro lado y desde otro ángulo, se da un reconocimiento creciente de los historiadores y arqueólogos que ambas disciplinas no pueden ser separadas de las realidades y conflictos sociales y culturales del tiempo presente, de manera que deben de ser vistas críticamente en el contexto más amplio de la Historia del mundo. El investigador no es un observador neutro, y menos las disciplinas académicas que no están libres de lazos sociales y políticos y más aún de clientelismo. Las interpretaciones del pasado están siendo continuamente revisadas a causa de las transformaciones de todo tipo que el mundo experimenta. Estas a su vez marcan los rumbos de cada disciplina y de las investigaciones que se emprenden. En ese sentido, los científicos son un producto de su contemporaneidad por lo que sus productos reflejan el contexto donde se originan.

### **La Arqueología Histórica y los Estudios Regionales**

El desarrollo que venimos haciendo nos lleva a plantear la siguiente pregunta ¿En qué medida la Arqueología Histórica contribuye a la realización de los estudios regionales?

A los estudios regionales como empresa analítica se le han reconocido distintas ventajas. En principio, el conocimiento más profundo y acabado que logra de su objeto de estudio, al que hay que agregar las lecturas y miradas que desde otros ángulos introduce en los estudios nacionales, ventajas que se complementan con la aplicación de sus resultados en el ámbito educativo. Este último tiene asidero si pensamos las posibilidades que tienen, por ejemplo los historiadores regionales de estar más en contacto con el espacio-tiempo experimentado, posibilidades que se alcanzan, entre otras razones, por lo inmediato del paisaje y por el tipo de fuentes que utilizan. Para fundamentarlo vale la preocupación de todo cientista social que se precie de tal por “captar lo vivo”, facultad que se reconoce como “la cualidad dominante”, y por la necesidad de estar en “contacto con la actualidad” a través de una “observación voluntaria y controlada” con la finalidad de no convertirse en “un anticuario útil”. Si bien estas apreciaciones fueron expresadas para la historia entendemos que se extienden al campo de la ciencia social en su conjunto y en cada una de las disciplinas que la integran (Bloch, 1957: 38-41).

Pensemos en el objeto de los estudios regionales: las regiones. Éstas se constituyen como tal en la medida en que la vida social que transcurre en ellas encuentra y muestra ciertos límites o fronteras en su hegemonía espacial con respecto de otras matrices, tejidos sociales y prácticas culturales. Son estas prácticas y valores culturales los que arman la urdimbre regional que se altera unas veces de manera brusca por conflictos militares, conquistas o extinción del grupo social originario, pero que tiene también la capacidad de permanecer y transformarse tocada por la mano del cambio histórico. A diferencia de provinciano y suburbano, regio-

nal tiene un sentido positivo alternativo, como en el contramovimiento indicado por los usos modernos de regionalismo. Conlleva implicaciones de un modo de vida distintivo que resguarda determinados valores, observables para oponerlos a la centralización y las características metropolitanas que han hecho hablar de megalópolis, es decir de distorsión debido a un tamaño excesivo, aunque todavía se exprese fundamentalmente en términos de la subordinación anterior.

La subestimación del género regional proviene precisamente de las versiones donde priman una visión que hace uso de anteojeras teóricas y metodológicas motivadas por un cerrado y nostálgico regionalismo que nada tiene de crítico. Estos son obstáculos a superar, pero no porque sea menor su escala de enfoque, la tarea se presenta como simple y fácil; el reto es alcanzar resultados válidos, problemáticos y a su vez contextualizados que lo aparten de sólo observarse a sí mismo. Precisamente lo que hace interesantes a los problemas que abordan los estudios regionales, es que no aíslan un factor o un aspecto de la realidad, por el contrario cada uno de ellos se relacionan entre sí y con los distintos ámbitos que los engloban y contienen.

Vale la pena señalar que en el transcurso de estas últimas décadas, los estudios regionales, así como el conjunto de las ciencias sociales, se vieron afectados por la retirada de la “cultura polémica”, de la “cultura crítica” que las había caracterizado en la década del ‘60 y parte del ‘70. Influenció en esto un empirismo acrítico, prescindente de la teoría, volcado más al discurso que a las “realidades” en tiempos en que se transitaba la desacreditación del estructuralismo y del marxismo, ambos procesos en el campo de la construcción del conocimiento concomitantes con las transformaciones mundiales y la aceleración de los tiempos históricos (Appadurai, 2001: 187 a 207). La entrada al siglo XXI, no por simple inicio, sino por el “11 de setiembre”, por las escaladas terroristas, por la “gigantesca sombra imperial”, han hecho avizorar miradas más críticas que no implican un “retorno mítico”, sino nuevas y renovadas búsquedas de los por qué, cuyas vías de elucubración aún no se avizoran con claridad.

Puede afirmarse que los proyectos de regionalización en el mundo de hoy constituyen un punto de partida ineludible del quehacer de los estudios regionales, un aquí histórico en un mundo globalizado y, a su vez, fracturado. De lo cual se deriva la necesidad de contar con estudios completos y complejos que aborden desde distintas disciplinas la historia de cada región, de cada localidad, en particular nos estamos refiriendo a los que lleva a cabo la Arqueología Histórica.

Por lo que podemos afirmar que las dimensiones analíticas de la Arqueología Histórica pueden ser aplicadas al estudio de fenómenos históricos y, sobre todo, como nos interesa destacar, al proceso de una sociedad regional. En este nivel, el abordaje interdisciplinario en los estudios regionales posibilita una imagen más ajustada y completa de la sociedad siempre y cuando se pretenda acceder al conocimiento de los distintos niveles de realidad y de significado que presenta el discurso que incluye las voces de los “unos” y de los “otros”.

## **Arqueología de contextos urbanos**

Una de las áreas de interés de la Arqueología Histórica donde tienen mucha entidad los estudios regionales es la Arqueología de contextos urbanos. La Arqueología Histórica de la etapa colonial, en especial en su aplicación intensiva en los contextos urbanos, tiene una estrecha relación con la conservación y restauración del patrimonio cultural, como se ha hecho y se hace en Santa Fe La Vieja donde la exitosa gestión desarrollada y la intervención de los investigadores ha procedido a conocer y determinar la cantidad, composición, ubicación y estado de conservación de los recursos arqueológicos así como de los recursos históricos, acciones que han posibilitado su utilización por estudiosos e investigadores interesados en el tema.

En América, distintos sitios urbanos han sido excavados, y aunque en la mayoría de los casos no es posible tratar de reconstruir el asentamiento urbano como un todo y sus cambios sobre el tiempo, las excavaciones han producido evidencia arqueológica que puede proveer una mejor comprensión de la vida en la ciudad de Latinoamérica. Gracias a técnicas no destructivas, tales como las prospecciones de campo-superficie y el estudio de mapas antiguos y otros materiales iconográficos, ha sido posible proponer formas de comprender la cultura material urbana en una variedad de contextos históricos y geográficos diferentes. La constatación de la conformación espacial de los conjuntos urbanos sirve para apreciar el hábitat de los grupos humanos que van a vivir en comunidad. Estos grupos pueden hacerlo a partir del fenómeno de densificación y heterogeneidad social. Para mantenerse deben organizarse con una determinada lógica, producir y hacer suyos ciertos valores. Pero nada permanece inmutable, y así también las ciudades como las personas con el transcurrir del tiempo experimentan cambios y transformaciones, poseyendo de esta manera cada una de ellas su especificidad histórica que precisamente es detectada por la Arqueología Histórica.

América Hispánica fue fundada a través de ciudades, así es que dentro de los primeros cien años de colonización, ya existían más de doscientas urbanizaciones establecidas por los españoles, sobre sitios urbanos anteriores o generando nuevas urbanizaciones. Hacia principios del siglo XVII, su número superaba holgadamente a las trescientas. Estas ciudades obedecían las reglas establecidas por las disposiciones españolas en relación a su trazado y diagrama, la mayoría de los mismos fijaban un marco de ajedrez alrededor de la plaza central donde estaban situados los edificios más importantes de justicia, administración y religión (Areces, 2000; Morse, 1990; Romero, 1986).

Las cuestiones planteadas y otras de distinta índole son las que les interesan a los estudios coloniales urbanos una de las especialidades de la Arqueología Histórica. En este sentido, la mejor manera de conocer las clases específicas de urbanización que tuvieron lugar es situándolas en sus diferentes contextos históricos. Para ello hay que tener en cuenta las diferentes proporciones de urbanización que la historia colonial da cuenta y que pueden explicarse analizando las relaciones que mantuvieron la ciudad y su contorno rural a través de los tiempos coloniales, así como las vinculaciones con otros centros urbanos y con el exterior.



La distribución de la población en la ciudad también estaba regulada, de forma tal que *vecinos*, o ciudadanos, y *habitantes*, se asentaran en diferentes áreas. En el centro de la ciudad, alrededor de la plaza mayor o *plaza central* comprendiendo los edificios públicos, estaban las moradas de los colonos de mayor prestigio, y naturalmente sus dependientes y sirvientes, indios y esclavos africanos, quienes habitaban en la misma área. La mayoría de los habitantes, en esta sociedad jerárquica, eran clasificados como plebeyos, e incluían una variedad de “razas y/o castas”, como lo establecían las diferencias en status y fenotipo, donde pesaba el color de piel y el aspecto general.

La composición interna del núcleo urbano se percibe mejor si se aprecian sus componentes étnicos y sociales, sus capacidades económicas, si se descifran las corrientes migratorias de los indios hacia las ciudades y/o los desplazamientos de población en general; si se indican los mecanismos utilizados para apropiarse de tierras, para proveerse de mano de obra sin olvidar las formas coactivas que se implementaban, todo lo cual y mucho más influía en el desarrollo de las ciudades y su potencial crecimiento. Sin dejar de lado en esta apreciación los aspectos culturales de los formatos urbanos que muestran sus diferencias si se trata de ciudades portuarias o de fronteras, para citar algunos de los tantos tipos existentes.

La ciudad se aprecia así como un conglomerado de todos los grupos étnicos y sociales, un muestrario del mestizaje tanto biológico, social y cultural de la América colonial. Los sujetos que vivían en las ciudades pertenecían a uno o varios cuerpos corporativos propios de una sociedad de Antiguo Régimen -aquellos que no pertenecían a ninguno de ellos eran verdaderos marginados sociales-, mantenían relaciones laborales signadas ciertamente por la explotación y la discriminación étnica así como por el clientelismo y distintos lazos de dependencia. Son las voces de los sectores subalternos las que sobre todo son “descubiertas” por la Arqueología Histórica. Precisamente, el concepto de subalternidad define la posición de determinados sectores sociales en el marco de las relaciones de fuerza en el contexto de las contradicciones de clases. Asimismo en el espacio de la producción de sentidos y de la disputa por valores predominantes, la subalternidad se refiere a la condición de desigualdad en la imposición de ideas hegemónicas y, por tanto, define una particular forma de apropiación en condiciones de desequilibrio de esos valores dominantes.

De todas maneras, el ámbito urbano de manera preferencial abría posibilidades y daba lugar a cambios y también transgresiones al orden impuesto y a las normativas sancionadas. Las vías para hacerlos eran muchas tanto para individuos como para grupos y marcaban las pautas de sus luchas por la supervivencia dentro del jerárquico y estratificado orden colonial.

Una revisión del modelo urbano clásico desde una perspectiva arqueológica pone en evidencia que su construcción adoptó principalmente como referente material a “ciudades exitosas” entendiéndolo por ello a ciudades fundadas en el período colonial -establecidas o no sobre urbanizaciones anteriores- y cuya existencia en un mismo emplazamiento se extendió por siglos -lo que también implica que las mismas fueron objeto de sucesivas acciones de transformación y rectificación que

alteraron sus rasgos originales. La arqueología puede ampliar tal referente al proporcionar datos sobre los rasgos de ciudades menos o para nada “exitosas”, aquella cuya existencia se extendió por un período corto o mediano y cuya reconfiguración se acopló al tiempo transcurrido de existencia.

En el caso de la primera Santa Fe en el litoral rioplatense, la ciudad se trasladada a otro sitio del que ocupa actualmente denominándose Santa Fe de la Veracruz. Este traslado cuyo esfuerzo demandó más de diez años, fue a su vez exitoso en la medida que fue realizado por una población que contaba con recursos y decisión política para hacerlo. Precisamente la Arqueología Histórica es la que puede dar más cuenta de ese desplazamiento al incluir con sus hallazgos información sobre los rasgos materiales e inmateriales, las experiencias transitadas y los efectos de todo tipo que la mudanza produjo sobre los sujetos individuales y colectivos.

### **Para concluir...**

Su intrínseco desarrollo ha ido planteando a la Arqueología Histórica como una disciplina autónoma, producto del desdibujamiento parcial de sus disciplinas originarias. Si bien inicialmente la Arqueología Histórica se nutrió de tradiciones clásicas de la historia y de la arqueología, cada vez más, debido también y en parte a los desarrollos internos de las disciplinas que la generaron, ha venido experimentando importantes cambios y generando nuevas preguntas. Éstas están alimentadas por su propia práctica y por la complejidad interna que poseen las mismas enriquecidas, sobre todo, por su inserción en la trama interdisciplinaria.

En cuanto a lo interdisciplinar, afirmar que la Arqueología debe ser “más” histórica, o que la Historia debe incorporar la Arqueología, puede tener buenas intenciones; pero la afirmación permanece vacía si no se contemplan las correspondientes especificaciones teórico/metodológicas.

La colaboración entre Arqueología e Historia, o podemos hablar de identificación metodológica entre Arqueología e Historia como campos disciplinarios, claramente fue más amplia e intrincada de lo inicialmente pensado y trascendió a esa colaboración resultando de su prospectiva la Arqueología Histórica, un campo del saber conformado dentro del ámbito de las ciencias sociales.

La perspectiva de los estudios regionales abre una serie de líneas estratégicas a la Arqueología Histórica hoy por hoy centrada en los asentamientos urbanos español-criollo, principalmente en aquéllos de carácter militar. Lo pendiente aún por realizar en este campo atañe a construir un panorama más completo abordando lo que corresponde a las poblaciones aborígenes y a los fenómenos de contacto.

Una cuestión más que es importante señalar. Actualmente, la construcción de puentes entre los resultados de la Arqueología Histórica de los distintos países de América Latina es uno de los mayores desafíos que se deba enfrentar. La existencia de estos espacios de discusión pluralistas son fundamentales para estimular debates sobre cuestiones claves en la región como la "genealogía" de la sociedad moderna en Latinoamérica, o las conexiones históricas que permiten reconstruir los contextos dentro de los cuales interpretar los cambios en las prácticas sociales a

través del estudio de la cultura material. Aquí efectivamente se visualizan las repercusiones y alcances que la producción científica de la Arqueología Histórica puede tener en el conocimiento y comprensión de las regiones en sí mismas y en relación con otros espacios al establecer entre ellos un diálogo comparativo, diálogo que al aplicarlo da fructíferos resultados.

### **Agradecimiento**

No quiero dejar de expresar mi reconocimiento a los equipos de arqueología de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario y a sus directoras que han desarrollado su labor en distintos sitios de la provincia de Santa Fe. En particular quisiera mencionar a María Teresa Carrara, Ana María Rocchietti y Nélide De Grandis. De ellas he recibido valiosos aportes y consejos.

### **Referencias bibliográficas**

- APPADURAI, A. 2001. La modernidad desbordada. Montevideo – Buenos Aires: Trilce – Fondo de Cultura Económica.
- ARECES, N. 2000. Las sociedades urbanas coloniales. En TANDETER, E. (dir.), Nueva Historia Argentina. La sociedad colonial. Tomo II. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 145-188.
- ARES QUEIJA, B.; GRUZINSKI, S. (coords.) 1997. Entre dos mundos. Fronteras Culturales y Agentes Mediadores. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Consejo Superior Investigaciones Científicas.
- BAUDOT, M. 1998. Poder y desviaciones: génesis de una sociedad mestiza en Mesoamérica. México: Siglo XXI Editores – Centro de Estudios mexicanos y Centroamericanos de la Embajada de Francia – Cemca-.
- BHABHA, H. K. 2002. El lugar de la cultura. Buenos Aires: Manantial.
- BLOCH, M. 1957 (1ª reimpression en español). Idea de la historia. Fondo de Cultura Económica: México - Madrid- Buenos Aires.
- BOURDIEU, P. 1997. Teoría de las prácticas. Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción. Traducido por Thomas Kauf. Barcelona: Editorial Anagrama.
- DE CERTEAU, M. 1999. La escritura de la Historia. México: Universidad iberoamericana.
- FARGE, A. 1991. La atracción del archivo. Valencia: Institució Alfons el Magnànim.
- FOUCAULT, M. 1991 (3ª ed.). Microfísica del poder. España: Ediciones de La Piqueta.
- GELLNER, E. 1977. Patrones y Clientes. Barcelona: Júcar.
- GRAMSCI, A. 1986. Antología. México: Siglo XXI.
- GUHA, R, 2002. Las voces de la historia y otros estudios subalternos. Barcelona: Crítica.

- HOBSBAWM, E. 1983- Notas para el estudio de las clases subalternas. En *Marxismo e Historia Social*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, pp. 41-51.
- MALLON, F. 1996. Promesa y dilema en los estudios subalternos: perspectivas a partir de los estudios latinoamericanos. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, núm. 12, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras – Fondo Cultura Económica, pp. 87-116.
- MARX, K. (1859) *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*. En MARX, K.; ENGELS, F. 1974. *Obras Escogidas*. Tomo I. Moscú: Editorial Progreso.
- MORELAND, J. F. 1992. Restoring the dialectic: settlement patterns and documents in medieval central Italy. En KNAPP, A. B. (ed), *Archaeology, Annales, and Ethnohistory*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 112-129.
- MORSE, R. M. 1990. El desarrollo urbano de la Hispanoamérica colonial. En BETHELL, L. ed.). *Historia de América Latina*. Vol. 3. Barcelona: Cambridge University Press- Crítica, pp. 15-48.
- RIVERA, S.; BARRAGÁN, R. (comps) 1997. *Debates post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*. Bolivia: Editorial Historias-SEPHIS-Aruwiri.
- ROMERO, J. L. 1986 (1ª ed. 1976). *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- SCHWARTZ, S. B. 1995. Colonial Identities and the Sociedad de Castas. En: *Colonial Latin American Review*, Vol. 4, núm. 1, pp. 185-201.
- SHARPE, J. 1993. Historia desde abajo: En: BURKE, P. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza, pp.38-58.
- STERN, S. (comp.) 1990. *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes*. Siglos XVIII al XX. Perú: Instituto de Estudios Peruanos.
- STONE, L. 1986. *El pasado y el presente*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SWEET, D. G.; NASH, G. B. 1987. *Lucha por la supervivencia en la América colonial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- THOMPSON, E. P. 1991. *Costumbres en Común*. Barcelona: Crítica.
- VARSAVSKY, O. 1972. *Ciencia, política y cientificismo*. Buenos Aires – Argentina: Centro Editor de América Latina.